

**Ironías materiales: la cultura centroamericana a partir de las poéticas
postvanguardistas de Paz, Coronel y Dalton.**

Leonel Delgado Aburto
Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica
ldelga_ni@yahoo.com

Texto preparado para ser leído durante el XXVII Congreso Internacional de LASA, Montreal, 5-8 de septiembre de 2007.

¿Qué distingue a un salvadoreño de un hondureño o de un nicaragüense? La pregunta puede ser ociosa, o capciosa o programática: lleva a un alerta interpretativo, sobre todo cuando se sabe que quien la hace es Octavio Paz.¹ Un Octavio Paz, podría decirse, en pleno poderío de fama y autoridad cultural. ¿Por qué ese interés del mexicano en esos, según él mismo, “varios pequeños países sin clara identidad nacional..., sin gran viabilidad económica y expuestos a las ambiciones de fuera” (*Peregrino* 195)?

Como muchos otros intelectuales de diversas latitudes geográficas y políticas, Paz se interesó por Centroamérica durante los conflictos armados de la región en los años 1980s. Su discurso al recibir el Premio de la Paz en Francfort, en 1984, lo dedicó a plantear sus preocupaciones por el inmovilismo intelectual de Occidente, y por Centroamérica como escenario de la guerra fría. Si el último aspecto define una perspectiva ideológica y política, el primero tiende a hacerlo de un panorama cultural algo desolador. Paz hace ver que las naciones occidentales han resistido al “sistema totalitario”:

Pero, al mismo tiempo, se han inmovilizado: a su prosperidad material sin paralelo no ha seguido ni un renacimiento moral y cultural ni una acción política a la vez imaginativa y enérgica, generosa y eficaz. Hay que decirlo:

¹ *Peregrino* 195

las grandes naciones democráticas de Occidente han dejado de ser el modelo y la inspiración de las élites y las minorías de los otros pueblos. La pérdida ha sido enorme para todo el mundo y muy especialmente para las naciones de América Latina: nada en el horizonte histórico de este fin de siglo ha podido subsistir a la influencia fecunda que, desde el siglo XVIII, ha ejercido la cultura europea sobre el pensamiento, la sensibilidad y la imaginación de nuestros mejores escritores, artistas y reformadores sociales y políticos. (*Peregrino* 193-194)

Esa pérdida de autoridad política y cultural de “las grandes naciones democráticas de Occidente”, implica, como es fácil comprobarlo, todo un programa fundacional. No es la razón anti-colonial (que Paz no toma en cuenta o ve como parte de la guerra fría) la que dará (un nuevo) sentido a América Latina, sino los usos socráticos (por decirlo así) de los legados culturales europeos, sometidos a la prueba democrática del diálogo (*Peregrino* 199-200). La concreción política más evidente de tal programa fundacional es la modernización neoliberal. Como explica Paz, abordando la problemática mexicana de fines de los 1980s:

Puede definirse “modernización”, sumaria y esencialmente, como una tentativa por devolver a la sociedad la iniciativa que le fue arrebatada y así romper la inmovilidad forzada a que nos ha condenado el patrimonialismo estatal. Es una reforma que otros han emprendido antes que nosotros y con mayor energía: Deng Xiaoping en China y Gorbachov en la Unión Soviética, para no hablar de Felipe González y de François Mitterrand en España y en Francia, respectivamente. (*Laberinto* 510).

Esta descripción es contextualmente mexicana, de ahí el énfasis de Paz en el patrimonialismo, pero, como se ve, Paz la entiende en un sentido global, incluyendo el

reconocimiento de que esta “política de modernización... hirió a vastas capas de la población, especialmente en los centros urbanos: la clase media y los trabajadores”, sectores para los cuales Paz pide atención: “Pero sin ceder: hay que continuar [la reforma], extenderla y profundizarla.” (*Laberinto* 511-512). Jean Franco afirma con razón que las críticas de Paz a las burocracias del Este y de su propio país, y al estado de bienestar, desatienden la emergencia del nuevo tipo de Estado: el estado neoliberal (*Decline* 54). Sin embargo, Paz es conciente de algunos de los resultados sociales de tal emergencia, sus actores (es decir, en México, una “fracción del grupo dirigente—la más joven, inteligente y dinámica”²), y sus víctimas. Podría sugerirse, además, que en el discurso de Paz, el inmovilismo del Estado mexicano priista, tiene un equivalente retórico en el inmovilismo intelectual de Occidente, por lo tanto, ese entendimiento “occidentalista” y anti-estatal de América Latina, y para lo que nos toca, de Centroamérica, coincide con un programa de privatización de la política y la democracia.

El interés centroamericano de Octavio Paz está enmarcado, pues, por una especie de tránsito o caída desde el corazón (y la crisis) del populismo mexicano hacia una promisoría modernización (neoliberal) que, por otra parte, resultaría plenamente activada en Centroamérica a partir de los acuerdos de Esquipulas (1987). El acopio apresurado de la historia centroamericana que realiza Paz por esos años,³ y su perspectiva sobre el conflicto regional, están marcados por un diseño ideológico que incluye un principio de indefinición nacional en Centroamérica que como un destino fatídico y contrastante ante lo mexicano (y lo occidental), debe ser aceptado. Porque lo que *no* distingue a un guatemalteco de un salvadoreño o un nicaragüense es ese vacío, esa ubicación remota y segregada en las aguas

² *Laberinto* 511

³ *Peregrino* 109-119, 194-198.

de la inmovilidad occidental o, lo que es lo mismo, la guerra fría. Paz comparte, por eso, los acercamientos programáticos a los “pueblos sin historia” de Centroamérica, característicos del discurso de los medios de comunicación del norte en los años 1980s.⁴

No es fácil desestructurar este acopio interesado de Octavio Paz, y tratar de insertar la diferencia (eso que distingue, en efecto, a un guatemalteco de un salvadoreño o de un nicaragüense) en el ámbito universal de la modernización. Por supuesto, esta operación no tendría por objetivo proclamar esencialidades nacionales como repertorios determinados, sino advertir vías alternativas a una narrativa universal de la modernización. Un principio operacional sería quizá notar que el vacío e indiferencia que se relatan unidos a la (des)ventura del ser nacional se consolidan durante la coyuntura postvanguardista (en los años 1940s y 1950s), teniendo como una de sus cumbres notables *El laberinto de la soledad* (1950), y que la contemporaneidad con “todos los hombres” (340), que Paz propone al final de su ensayo, marca este destino occidental que sólo podrá ser reactivado (décadas después, una vez finalizada la guerra fría) por la modernización neoliberal.⁵

Se tiende a hablar de una coyuntura postvanguardista o neovanguardista, o de “otra vanguardia”,⁶ preferentemente en el ámbito de la poesía latinoamericana, más que en referencia al desarrollo de la narrativa o la novela. Sin embargo, hay interrelaciones entre el auge narrativo que culmina en el *boom* de los 1960s, y el desarrollo de poéticas, realistas o no, de los 1940s y 1950s.⁷ La soledad del *Laberinto* está implicada, sin duda, en los *Cien años de soledad* de García Márquez, codificando parte del expediente maravilloso de la otredad latinoamericana, y sobre todo un campo de operatividad artística (el de la

⁴ Cf. Larsen “Central America”.

⁵ Por supuesto, no hay que atribuir a Paz una ideologización anterior a su contexto, sino una coincidencia que, desarrollada eventualmente a través de varias décadas, acaba por absorber su proyecto cultural.

⁶ Cf., entre otros, Paz, *Los hijos*, Pacheco, Fernández Retamar, Yurkievich.

⁷ Para la lectura del *boom* en vínculo con el *Modernism* (equivalente a grandes rasgos de las vanguardias), Cf. Larsen, *Modernism*

“soledad”) permitida en última instancia por una circunstancia particular del populismo latinoamericano. Pero, a pesar de Asturias, Centroamérica tiende a desaparecer en esta genealogía de la soledad. El desentendimiento centroamericano de Paz está conectado precisamente con esa carencia de identidad que muestran los países de la región dentro de las narrativas maestras, culturales y políticas, de lo latinoamericano. En Centroamérica no parece posible (al menos así lo testimonia el tópico cultural)⁸ la separación dramática de la personalidad con el trasfondo de la identidad nacional que realiza Paz en el *Laberinto*. Y, al menos en sus discursos sobre la Centroamérica de los 1980s, Paz no parece darle importancia a las articulaciones culturales de la región que podrían marcar una autonomización frente a la discursividad ideológica. Paz parece asumir una ausencia intelectual o un funcionamiento enigmático o alienado de los letrados frente a los estados nacionales centroamericanos. En otras palabras: el acercamiento político e ideológico de Paz carece de una perspectiva cultural, o, lo que es casi lo mismo, no hay interlocutores intelectuales válidos dentro de las culturas interrogadas. Centroamérica padece en la órbita remota e indiferenciada de la ideología, sin llegar a constituir una palabra validada por la autoridad cultural occidental.

Curiosamente, el artículo de Paz que trata de la guerra salvadoreña y la lógica de las revoluciones,⁹ comienza comentando con ironía las infecciones críticas “de la fenomenología y el existencialismo, la de las sectas marxistas y la estructuralista”:

La primera [infección] ha desaparecido casi completamente, no sin dejar muchos inválidos. Las otras dos, aunque han pasado ya su acné, como dicen los médicos, se han enquistado en regiones selváticas y apartadas de la

⁸ Al respecto de cómo es asumido “desde dentro” (e introyectado) este aislamiento cultural, Ramírez, *Balcánes*.

⁹ “Las contaminaciones de la contingencia”, *Peregrino* 91-104.

periferia, como las universidades de América Latina. Son conocidos los remedios contra estos padecimientos: la risa, el sentido común y, en fin, la higiene mental. (*Peregrino* 91)

Para pronosticar el fracaso de la lógica revolucionaria en El Salvador, Paz asocia las luchas políticas con ese tipo de infecciones críticas de las “regiones selváticas y apartadas de la periferia”. La higiene retórica parece consistir en ir con seguridad al expediente canónico occidental, *ninguneando* el existente o supuesto intelectual latinoamericano (para lo que nos toca: centroamericano) enquistado en el dogmatismo y el atraso. Como se recordará, es Paz un sobrio comentarista del ninguneo, y, entre otras cosas, enseña que: “Ninguno es la ausencia de nuestras miradas, la pausa de nuestra conversación, la reticencia de nuestro silencio...Es una omisión.” (*Laberinto* 181).

Durante los años en que Paz concibe y publica *El laberinto de la soledad*, el escritor nicaragüense José Coronel Urtecho elabora y publica, por su parte, *Rápido tránsito: al ritmo de Norteamérica* (1953), obra que mezcla libro de viajes con ensayo y crítica literaria, y se presenta como una rememoración de los viajes de Coronel por los Estados Unidos y su pasión y adquisición de la llamada *New Poetry* norteamericana. Al comparar los libros de Paz y Coronel se advierte que son casos y poéticas contrarias, ya que Coronel opta por una poética realista, narrativa y conversacional, en contraste con la poética mucho más preocupada por la distancia entre signo y significado de Paz. Pero en un ámbito menos evidente, Paz procede a partir de una “dialéctica de la soledad” en que un nuevo héroe cultural, que logra conectar la nacionalidad con la universalidad, se impone.¹⁰ Paz ofrece, además, la razón de una identidad, sintetizando una tradición de escrituras sobre el “ser

¹⁰ Cf. el “Apéndice: La dialéctica de la soledad” (*Laberinto* 341 y ss.)

mexicano”.¹¹ Coronel, por su parte, intenta a partir de *Rápido tránsito*, y culminando en sus *Reflexiones sobre la historia de Nicaragua*, lo que se puede considerar una colonización de la historia nacional, esto es, la proclamación de la Colonia como esencia cultural de lo nicaragüense, y, a la vez, centro irónico y crítico de la modernidad. Paradójicamente, esta opción conservadora lleva como modelo retórico la poética conversacional cuyos heraldos son grandes escritores estadounidenses, tanto del siglo XIX (Whitman, Thoreau, Poe, Emerson), como del *Modernism*, en especial, Ezra Pound. En contraste con Paz, Coronel no busca una (re)centralización en el canon europeo, sino un americanismo inaugural que amalgama las literaturas de la América del Norte y Latinoamérica. Lo que está en discusión en Coronel no es tanto el *ser* nicaragüense, sino la posibilidad de civilización en las regiones remotas de Centroamérica. Alejado de la vida moderna voluntariamente, en un rincón del Río San Juan (río en el que se percibe directamente el fluir de la historia centroamericana), Coronel ejerce en soledad una autoridad intelectual que tendría que derramarse en un futuro ambivalente. La modernización según el modelo norteamericano es un condicional que deberá resguardar el poder cultural de la historia (el del propio Coronel y del proyecto vanguardista) para realizarse con plenitud.¹² Lo importante aquí es notar que al igual que Octavio Paz, José Coronel consigue un alejamiento retórico significativo con respecto a su mera función como intelectual orgánico de los discursos del Estado-nación (en el caso de Coronel, concretamente de la dictadura de Somoza que los vanguardistas han ayudado a sostener). Si los planos de resonancia cultural separan a Paz y Coronel, la *soledad* (dramática y nihilista en Paz, inaugural y utópica en Coronel) los vincula. Quisiera proponer que la invisibilidad que ostenta Paz de programas culturales centroamericanos

¹¹ Bartra 19

¹² Cf., en especial, el capítulo inicial de *Rápido tránsito*.

como el de Coronel—esa indefinición en que se sumerge la soledad del letrado centroamericano obsesionado por el fluir del río de la historia—apunta no sólo a la feroz marca eurocentrista del proyecto del propio Paz, sino también a un fracaso interno del proyecto de Coronel.

¿Qué posibilita en Paz el uso interesado de la soledad como experimento literario y filosófico? De acuerdo con Neil Larsen, una situación particular del Estado mexicano permite el auge de una narrativa vanguardista en la coyuntura de los 1950s. El intelectual que llega a la mayoría de edad en los 50s (y Paz es su paradigma) actúa en un momento que Larsen llama de “desmovilización”, cuando las demandas inmediatas de toma de partido y la lucha de clases parecen suspendidas. Según Larsen, el estado mexicano ha producido sus propios intelectuales orgánicos, y ya no precisa de intelectuales “titánicos” del tipo de Vasconcelos, que, de todas maneras, han marcado decisivamente la cultura oficial (*Modernism* 65-66). La prescindencia (el asentamiento de un poder hegemónico) del Estado posibilita el experimento narrativo vanguardista del tipo de Rulfo, o la experiencia universalista de Paz. Abusando del esquema de Larsen, propondría que en Nicaragua también, la consolidación de la dictadura de Somoza, que ha modernizado el Estado, vuelve posible a intelectuales como Coronel pensar la historia desde un ángulo “primigenio” o “alejado de la civilización”. Al igual que los “desmovilizados” mexicanos, Coronel usa el contexto para distanciarse de la discursividad del Estado (alejarse al Río, abstraerse del contexto). Pero al contrario de Paz (o Rulfo), Coronel pretende encarnar una autoridad intelectual nacional (sin la aparente fisura nihilista que integra Paz). El intelectual, siguiendo el modo de pensamiento de Coronel, y los vanguardistas nicaragüenses, es el colonizador encarnado y trascendido: es el fundador de naciones disciplinado por una modernización (y una división del trabajo) que late como promesa en la discursividad del

Estado-nación y el amparo que ofrece el control geopolítico de los Estados Unidos en Centroamérica.

En consonancia con la modernización del Estado, el proyecto intelectual de Coronel quiere superar las versiones partidistas de la historia, sustituyéndolas por lo que él llama la historia como conversación.¹³ Usando como modelo cultural los principios de la *New Poetry*, Coronel realiza, en realidad, una interpelación a las comunidades auráticas (en el sentido benjaminiano) en donde la comunicación (conversación) es todavía posible, en contraste con los principios secularizadores y críticos de la modernidad. (En el esquema de Paz esta convocatoria es improbable, ya que estas comunidades pertenecen al mito, y el mito es absorbido y enunciado por la poesía.) Lo que realiza Coronel es, pues, una interpelación de la sociedad civil (una sociedad civil imaginada, desde la hegemonía intelectual, transparente y comunicante). El intelectual, de hecho, encarna previamente tal inclusión al ejercer una distancia intelectualmente productiva frente al contexto incivilizado: el conquistador, el pionero y el intelectual son los que llegan siempre antes a las regiones selváticas y apartadas. A pesar de tal interpelación a la sociedad civil, Coronel, tanto como su antecesor y maestro Carlos Cuadra Pasos están obsesionados por lo que llaman “anarquía”, ese naufragio de la autoridad que en el ámbito centroamericano se vuelve cíclico. “Vino la independencia—explica Cuadra Pasos—y quitó bruscamente esa base al edificio de la autoridad. Es un axioma de la historia que cada época no puede tener más que un principio de legitimidad. Por esta razón cambiar ese principio es una de las operaciones más arriesgadas de la vida de las naciones” (113). En el esquema de Coronel, mientras se mantenga la conversación de las élites (su principio de legitimidad) es posible interpelar a las comunidades *otras* logrando su conversión meramente *cultural*, sin

¹³ Coronel, *Reflexiones*.

posibilidades políticas, es decir, su inclusión dentro la hegemonía del Estado-nación. En tanto la élite letrada y el Estado mantienen una retórica de modernidad, el “pueblo” deberá permanecer en un estado “colonial” de transparencia informativa e inmediatez significativa. En el rechazo de la “anarquía” se esconde la preocupación por una participación activa de los subalternos que no sea la de rellenar un espacio cultural. Curiosamente, la enseñanza moral que Octavio Paz pretende ofrecer a los pueblos centroamericanos es la del diálogo, pero diseñado exclusivamente en términos geopolíticos, es decir, excluyendo las posibilidades “poéticas” que se habían marcado en Centroamérica desde la esfera intelectual, en proyectos como el de Coronel. En Paz, la única vía para llegar a la cultura de diálogo parece ser la de la modernización acatada en términos “occidentales” y de privatización. Aquí el contrapunto político de la poética mítica de Paz y la poética conversacional de Coronel no por irónica deja de ser menos significativa.

No hay que olvidar que lo conversacional de Coronel, fue radicalizado por poetas como Cardenal y, en especial, Roque Dalton. Lo conversacional pasó a ser una interpelación y una politización, abandonando la mera operación “cultural” sobre los sectores no integrados al proceso de modernización de los estados nacionales. Como todos sabemos, durante los 1960s se consolidó, en el contexto de la cultura latinoamericana, la popularidad de la lectura extrañada de la historia latinoamericana, lo que supondría una especie de doxa de lo histórico metido dentro de la novela como suma cultural: era la ola preeminente del *boom*. Hay que notar que algunos de los proyectos de Dalton parecen alternativos a tal estructuración de la diferencia, sobre todo si se piensa en el testimonio de *Miguel Mármol*, y las yuxtaposiciones de fuentes, voces, fragmentos y discursividades que constituyen *Las historias prohibidas del pulgarcito* (mucho más radical que, por ejemplo, *El estrecho dudoso* de Cardenal). Estas yuxtaposiciones ponen en crisis instancias como la

personalidad aislada del intelectual, es decir, la *soledad* que sostiene la enunciación, o, por otra parte, el gusto poético “alto” y “patriótico” (la serie incluida de “Antología de poetas salvadoreños” y las “Bombas” constituyen una especie de juego posmoderno con el “mal gusto”, al tiempo que la enunciación patriótica está mediada por la ironía). Dalton integra las lecciones irónicas de Parra (en el otro extremo de las poéticas conversacionales latinoamericanas), sin desintegrar una interpelación nacional. El collage yuxtapone voces, atentando así contra el grado cero de la ideología literaria que aúna modernización y personalidad literaria. No se trata únicamente de una infección esquemática en un espacio latinoamericano remoto (como creía Paz), sino una constitución cultural mucho más compleja y ambigua. Para ponerlo de manera sintética, el conversacionalismo como poética y como política cultural, es arrancado por Dalton de sus límites para extenderlo a formas retóricas mucho más productivas. Como se puede ver en “Viejuemierda”, el poema en que Dalton evalúa la historia intelectual nacional en la personalidad de Alberto Masferrer, el modelo del intelectual con “verbo de fuego” que fustiga moralmente la realidad nacional ha sido integrado plenamente al relato del Estado-nación (en el mismo sentido, podría decirse, que la “conversación” de Coronel integra la ideología de conciliación de clases, o la distancia poética irónica de Paz participa del proyecto de modernización neoliberal). La doxa de lo nacional ha cerrado las posibilidades democráticas a través de la alienación discursiva de los intelectuales. Dalton propone una dialogía que conoce la contradicción y la heterogeneidad, en contraste con una crítica producida como dialéctica y síntesis.

En su discurso al recibir el premio Cervantes, Paz repite su descubrimiento de la ironía como libertad (y como pareja adversa de la analogía):

el *Quijote* es una obra animada por el principio contrario [a la analogía], la ironía, que es ruptura de la correspondencia y que subraya con una sonrisa la

grieta entre lo real y lo ideal. Con Cervantes comienza la crítica de los absolutos. Comienza la libertad. Y comienza con una sonrisa, no de placer sino de sabiduría. (*Peregrino* 157).

No cabe duda, que para un estudio de la postvanguardia latinoamericana, habría que calibrar la extensión, los contextos significativos, la competencia y hermenéutica de la ironía. Historizar sobre la universalidad: particularizar. Este objetivo, en el que Centroamérica es uno de los participantes más visibles, exige pensar las distancias y entrecruces entre contextos. Reconsiderar, entre otros, los proyectos culturales de Coronel y Dalton, en disonancia con, por ejemplo, el de Paz. Provisionalmente, hay que afirmar que lo que sostiene al proyecto de Dalton no es (únicamente) una finalidad trascendente, sino esos límites que enmarcan su ironía (esa distancia que lo separa de la concreción analógica más ansiada durante las guerras centroamericanas: la construcción nacional). De la misma manera, el conversacionalismo de Coronel no se agota en los usos que la cultura oficial puede darles, sino como demuestra Dalton su apertura ideal puede conducir a una ironía material. Definiría, también provisionalmente, la ironía material como una operación retórica que desestructura la historia oficial y permite una inclusión politizada de la heterogeneidad, descentrando la ubicación intelectual segura en la lógica del poder canónico occidental. Por su parte, la incursión centroamericana de Paz deja varias lecciones. En primer lugar, que la superficialidad informativa no es privativa de los medios de comunicación (los que cargan siempre con esa mala fama). Esta superficialidad forma parte integrante de las políticas de modernización y las reformas iniciadas por la globalización, y puede confluir con la predica de una cultura universal que segmenta a las regiones marginales como *a-culturadas*. Aun predicando la transparencia informativa se puede segregar grandes componentes del diálogo, reduciendo las regiones a componentes

“mudos” y sumidos en la ideología. He tratado de mostrar, pues, tres versiones culturales de lo centroamericano: la lectura geopolítica reduccionista de Paz, la lectura conversacional, meramente cultural, de Coronel, y la lectura heterogénea de Dalton. Hay que hacer posible el diálogo entre estas propuestas.

BIBLIOGRAFÍA

- Bartra, Roger. *La jaula de la melancolía: identidad y metamorfosis del mexicano*. México: Grijalbo, 1987.
- Coronel Urtecho, José. *Rápido tránsito: al ritmo de Norteamérica*. Managua: Nueva Nicaragua, 1985.
- . *Reflexiones sobre la historia de Nicaragua: de la Colonia a la Independencia*. 1962. Managua: Fundación Vida, 2001.
- Cuadra Pasos, Carlos. *Obras*. II. Managua: Banco de América, 1977.
- Dalton, Roque. *Las historias prohibidas del pulgarcito*. San Salvador: UCA Editores, 2002.
- Fernández Retamar, Roberto. *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*. 4ª ed. Habana: Pueblo y Educación, 1984.
- Franco, Jean. *The Decline & Fall Of The Lettered City: Latin America In The Cold War*. Cambridge: Harvard University Press, 2002.
- Larsen, Neil. *Modernism And Hegemony: A Materialistic Critique Of Aesthetic Agencies*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1990.

---. ““People Without History”: Central America in the Literary Imagination of the Metropolis.” *Reading North By South: On Latin American Literature, Culture and Politics*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1995. (39-51).

Pacheco, José Emilio. “Nota sobre la otra vanguardia”. *Sosnowski* 3: 114-121.

Paz, Octavio. *El peregrino es su patria: el cercado ajeno*. T.III. México: Fondo de Cultura Económica, 1987.

---. *El laberinto de la soledad*. Madrid: Cátedra, 1998.

---. “Los hijos de limo: Del romanticismo a la vanguardia”. *La casa de la presencia: Poesía e historia*. Tomo I de las Obras Completas. México: Fondo de Cultura Económica, 1991 (318-484)

Ramírez, Sergio. *Balcanes y volcanes*. Managua: Nueva Nicaragua, 1985.

Sosnowski, Saúl, ed. *Lectura crítica de la literatura americana*. 4 vols. Caracas: Ayacucho, 1996-1997.

Walter, Knut. *El régimen de Anastasio Somoza, 1936-1956*. Managua: Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica, 2004.

Yurkievich, Saúl. *Fundadores de la nueva poesía latinoamericana: Vallejo, Huidobro, Borges, Neruda, Paz*. Barcelona: Barral, 1973.